

Atrapados por el tiempo

Wajcman achaca a cambios sociales y a nuestras decisiones y no a la tecnología la sensación de falta de tiempo

Justo Barranto

Hace casi cien años Keynes imaginó que en el siglo XXI sólo tendríamos que trabajar tres horas diarias debido al constante incremento de la productividad. La actitud espontánea y alegre ante la vida que se atribuía a los artistas podría extenderse a toda la sociedad. Y sin embargo, parece haber ocurrido lo contrario. La velocidad de las nuevas tecnologías, que debía liberar el tiempo humano, ha venido acompañada de una creciente sensación de falta de tiempo. La imagen habitual es la del ciudadano frenético atado a la tecnología, adicto al móvil, incapaz de desconectar. Y el enigma de una sociedad en la que recurrimos a dispositivos digitales para aliviar la falta de tiempo y a la vez los culpamos de aumentarla es el que explora la socióloga de la London School of Economics Judy Wajcman en *Esclavos del tiempo*.

Y sus hallazgos son que el problema no es la tecnología sino nuestras prácticas sociales concretas. Son nuestras prioridades y parámetros sociales y económicos las que generan esas cualidades de las tecnologías. El capitalismo nació ligado al reloj. Ahorrar tiempo suponía obtener beneficios. Y la idea de que el ritmo de vida se aceleraba ya existía a inicios del siglo XX con las enormes transformaciones tecnológicas y sociales del momento. La vida urbana vivida a alta velocidad se identificaba con el progreso. Y de hecho nuestra ingeniería está orientada al ahorro y la ordenación del tiempo, a una concepción determinada de la



CHRIS JACKSON / GETTY



ESCLAVOS DEL TIEMPO
Judy Wajcman
Paidós, Barcelona, 2017
302 p. | Papel 24 € |
e-book, 13,99 €

eficacia. Hay un imperativo contemporáneo a la velocidad.

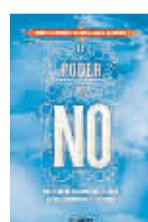
Wajcman ofrece en su ensayo una visión amplia de los múltiples factores por los que hoy muchos sienten que les falta tiempo. El tiempo es diferente para grupos distintos. Hoy hay grupos con jornadas muy largas y otros que trabajan pocas horas o ninguna: la semana de 50 horas predomina en la clase profesional y gerencial, que configura los términos del debate público. Luego, tras su integración masiva en el mercado laboral, las mujeres están mucho

más atareadas porque aún orquestan la vida familiar. A eso se le suma la *hiperpaternidad*: se pasa más tiempo que nunca con los hijos, pero la buena paternidad es hoy distinta. Además, están los elevados niveles de consumo y los discursos culturales que dan valor a las vidas llenas de acción, que ayudan a sentir más ajeteo. Un ajeteo que para unos es estrés y para otros felicidad. A diferencia de hace un siglo, no es la vida ociosa sino la ajeteada la ligada a los grupos más privilegiados y significa más estatus social.

En el puesto de trabajo, hay más para hacer con menos gente y los empleos interconectados son más complejos y exigentes. El ritmo de trabajo se acelera y la tecnología ayuda a difuminar la distinción entre tiempo personal y laboral. A veces no se trata de falta de horas sino de su dispersión y cómo programarlas bien. Y al revés, la multitarea hace sentir falta de tiempo.

A la tecnología, acaba Wajcman, se le culpa de la falta de tiempo pero también puede dar más autonomía y ayudarnos a socializar y cuidar a los otros mejor. La cuestión es qué priorizamos y si seguimos enganchados a la euforia por la velocidad.

EL PODER DEL NO
James Altucher y Claudia Azula Altucher
Conecta
Barcelona, 2017
252 p. | Papel 16,90 €



Un no a tiempo ahorra problemas, señalan los autores, e incluso puede salvar una vida. Pero decir no es muy difícil. Los autores aseguran que el no viene de un

centro interior, espiritual, y que permite acceder a un poder que no sabíamos que teníamos para establecer prioridades y disponer de más tiempo para las personas y los proyectos más importantes. Cada no, señalan, elimina una barrera, y en este libro reflexionan sobre los diferentes niveles del no. Incluidas todas las cosas a las que la sociedad nos ha enseñado a decir sí.

CON LA MISMA PIEDRA
Miguel Ángel Ariño y Pablo Maella
Empresa activa
Barcelona, 2017
150 p. | Papel 12,50 €



Vivir es decidir. Y las decisiones que tomamos van configurando nuestras vidas. No podemos no decidir. Y no es fácil tomar buenas decisiones: Se producen una serie de errores comunes y de sesgos personales que los autores examinan. Errores como quedarnos paralizados buscando la decisión perfecta, confundir los deseos con la realidad, hacernos trampas, decidir según las modas, confiar demasiado en la intuición, ser prisioneros de nuestras ideas, sobrevalorar el consenso al decidir o no considerar las consecuencias.

DIRECCIÓN PARTICIPATIVA
Juan Luis Urcola y Nerea Urcola
ESIC
Madrid, 2017
272 p. | Papel 20 €



Los trabajadores son más que recursos humanos, son personas y el eje y el centro de toda organización. Y un factor diferencial: el capital humano, subrayan los autores, que creen necesario transformar el modelo de dirección jerarquizada imperante hoy y sustituirlo por otro modelo de dirección participativa. Los trabajadores deben ocupar un lugar central en las estructuras organizativas de las empresas y en ese sentido este libro ofrece un modelo a seguir para ser una organización excelente en el ámbito participativo.

El capitalismo nació totalmente ligado al reloj

La tecnología puede liberarnos, pero aún seguimos con euforia por la velocidad

Albert Grau

Socio director
de Magma HC

Falso culpable



El Informe de Actividad Turística del Ayuntamiento de Barcelona ha reactivado de nuevo el debate sobre uno de los principales sectores económicos de la ciudad y que más controversia levanta. La división es casi al 50% entre quienes opinan que la ciudad ya no puede soportar la llegada de más turistas y los que creen que se debe seguir promoviendo su llegada. La lectura de los datos del informe nos revela un dato incontestable: el turismo es valorado positivamente por más del 85% de los ciudadanos de Barcelona, un porcentaje que se reduce, pero siempre por encima del 75%, incluso en barrios turísticos clave como el Gòtic o Gràcia. Si la gran mayoría es favorable a la actividad turística, el debate está en la regulación de la actividad. Casi la mitad de los entrevistados cree que debe restringirse el número de turistas que llegan a la ciudad porque, según ellos, se ha llegado al límite.

Analicemos las cifras al detalle. El año pasado 7,5 millones de turistas durmieron en hoteles de la ciudad; 20 millones de pernoctaciones. Sin embargo, el aeropuerto de El Prat registró más de 44 millones de pasajeros. Obviamente no todos ellos durmieron en la ciudad pero, los que lo hicieron, ¿dónde durmieron? Sin duda, en alguna de las 60.000 plazas extrahoteleras oficiales o en algunas de las muchas no oficiales. Eso significa que en Barcelona se podrían estar registrando hasta 22 millones de pernoctaciones anuales en alojamientos no hoteleros.

Al principio de los dos años de mandato, el gobierno activó una moratoria hotelera que se ha mantenido en muchos de los barrios de la ciudad hasta hoy. Se buscó un falso culpable para limitar la llegada de turistas pero, como se

Regularizar la mayoría de los barceloneses quieren turistas, pero los quieren de una manera determinada, no todo vale

ha comprobado, de nada sirvió. El mismo gobierno ha reconocido que su principal preocupación ahora es la proliferación de apartamentos turísticos ilegales. Muchos de ellos son un claro ejemplo de economía sumergida. Mientras los hoteles pagan sus impuestos, generan empleo y atraen inversión extranjera, los apartamentos ilegales contribuyen a desregular

el sector dificultando su control. Es una lucha desigual entre quienes pagan sus impuestos y quienes no.

Los barceloneses quieren turistas pero los quieren de una determinada manera. No todo vale. Si se quiere regular un sector, primero se debería potenciar a los que cumplen con la normativa y aportan valor. De nada sirve prohibir la apertura de hoteles en el Gòtic si siguen abriendo centenares de apartamentos turísticos ilegales que generan incomodidades a los vecinos, además de incrementar el precio medio del alquiler y alejar a los barceloneses del centro de la ciudad. Se empezó la casa por el tejado a la hora de regular el sector turístico en Barcelona. De esta falta de control no tienen la culpa ni los hoteleros ni los turistas que vienen a disfrutar de nuestra ciudad atraídos por una oferta inigualable. Tanto unos como otros son activos de Barcelona. El problema está en otro sitio. |